

TIPO REFERENCIA: Recorte de prensa

TÍTULO: **Descubridor de América**

AUTOR: Beltrán Mena

EDICIÓN: Noreste, diario de poesía

PÁGINAS: 6-7

IMÁGENES: 2

FORMATO: 27 x 38,5 cm.

LUGAR: Santiago

FECHA: Abril 2001

COLECCIÓN: Godo

FONDO: Iommi-Amunátegui

CONJUNTO: Sobre Café

NÚMERO INGRESO: 012

NOTA EDICIÓN: --

CLAVE: Iommi / Godo / Iommi-Amunátegui / Sobre Café /
Descubridor de América / 2001 / 012 /

CÓDIGO: **IOM-GOD-IAM-SCA-DES-001-012**

6 ★ NORESTE ★ ABRIL 2001

El bus dobló la curva y volvió a aparecer la bahía de Valparaíso. Sus casas amontonadas, el mar azul salpicado de barcos, viejo, abandonado, melancólico y real. Pero yo iba a Viña del Mar, balneario moderno, saturado de gente, congestionado y últimamente cubierto de letreros luminosos, moteles y supermercados. El bus se tomó otros quince minutos en bajar las curvas y dejarme en la plaza. Caminé bajo los frescos árboles de la Avenida Libertad hasta llegar a su barrio. Un barrio de ciudad jardín, como cualquiera de la zona alta de Santiago.

¿No fue él mismo a quien una vez oí decir que en Chile no había verdaderas ciudades? ¿Que el sueño de todo chileno era poseer su propio club de campo, un espacio cerrado al exterior, con piscina, pasto, asador, y habitado sólo por gente conocida? Eso había dicho Godo una vez y tenía razón. No hay ciudades de encuentro, sólo ciudades de pequeños paraísos independientes, articulados en una red de conveniencia. Dijo también que junto a su grupo de profesores y arquitectos habían identificado apenas cinco ciudades en el mundo que podían considerarse ciudades. No me las mencionó nunca, pero dijo que Viña no estaba entre ellas. Una de estas casas era la suya, o —mejor dicho— la de su hija. Cuando lo operaron del corazón dejó su casa en la cumbre, junto al castillo, y descendió al cuadrículado de la ciudad.

No lo veía desde hacía años, sólo me llegaban noticias: que estaba viejo, que no quería ver a nadie, que no hacía clases.

Con el sol golpeando violentamente sobre la puerta blanca, toqué el timbre. Una empleada me hizo pasar a la fresca penumbra del interior. En el comedor esperé a que bajara. Nada en la casa y nada en la decoración sugerían que Godo, el poeta, viviera allí.

Mientras esperaba a que apareciera (¿aparecería?, me habían contado que solía no aparecer), me envolvieron recuerdos de este hombre.

Llegué una vez a la casa de Cerro Castillo. Godo veía tele junto a un famoso escultor del grupo. Era después del almuerzo, un día de verano, la peor hora del año para una visita, pero en esa época yo no calculaba nada. Tenía diecinueve años y hacía las cosas en cuanto se me ocurrían. Cada uno hundido en su sillón, veían una telereserie.

Por la ventana, a los pies del cerro, se veían los tacos de autos, los veraneantes se peleaban los escasos estacionamientos de las playas repletas. El sol pegaba fuerte, nadie tenía ánimo para nada que no fuera dormir al sol o embadurnarse con cremas bronceadoras. Yo había llegado lleno de entusiasmo a una estimulante charla con el poeta, pero la cosa se veía mal.

—¡Siéntate, Meña! —una mano lánguida me indicó un sofá vacío—. Estamos viendo *Flores de invierno*.

Y *Flores de invierno* vimos, durante una hora. El escultor se quedó dormido y cuando comenzaron los avisos Godo se levantó a la cocina y volvió con una jarra de agua con hielo. Dando la espalda al televisor, sonrió y me dijo:

—¿Y qué se teje? —
Le conté mi vida en el último tiempo, como a un maestro o a un tío bonachón, que ambas cosas era. Por supuesto, el relato se centraba en una mujer, que se me escapaba, que me quería y no me quería y que me tenía destrozado. ¿De qué más habla un hombre de diecinueve años?

No esperaba que me diera ningún consejo práctico. No creo que Godo haya dado nunca un consejo útil a nadie. Le contaba todo sin esperar nada. Precisamente porque sabía que no me daría ningún consejo. Todos sabemos, aun

DESCUBRIDOR DE AMERICA SE PIERDE ENTRE LA NIEBLA



Godofredo Iommi enseñando la alquimia de la poesía.

a esa tierna edad, que los problemas de amor no tienen solución. Cuando desaparece el problema, también desaparece el amor.

Godo escuchaba sonriendo y cuando habló, lo hizo aparentemente de sí mismo.

—He estado pensando en escribir un guión de telereserie, se llamará "La telereserie eterna". Será un tratado sobre el amor. Su único tema será el amor. El otro elemento clave es que continúa siempre. En una palabra: el amor eterno.

"Y ésta es la forma en que veo el guión —continuó—. Se comienza contando, por ejemplo, la historia de *Romeo y Julieta*, y luego del trágico desenlace, con los muertos en cámara, aparece yo y digo "el amor es imposible". Todo el público estará de acuerdo... acabamos de ver *Romeo y Julieta*. Pero entonces digo: "Pero quizá no todo esté perdido, porque el amor es la esperanza... no se pierda el próximo capítulo: *Tristán e Isolda*". Y al final de ese próximo capítulo digo: "Pero no se preocupen, porque el amor también se inventa: Daisy y Gatsby, próximo capítulo: *El gran Gatsby*..."

Godo se había puesto de pie y se movía por el living actuando los personajes, describiendo las escenas y mostrándome en exclusiva la superproducción del amor, desde los griegos hasta hoy. Una vez más, los siglos giraban alrededor del poeta Iommi a la hora de la siesta. Detrás suyo, en la pantalla del televisor, una pobre millonaria lloraba lágrima

mas doradas frente a un espejo de plata. Un plano más adelante, el escultor dormía, con su boca abierta al infinito. Por la ventana se veía el sol aplastando a la humanidad sobre las playas. Mi pena de amor, encogida en un rincón de tres meses del siglo XX, se había transformado repentinamente en felicidad.

El comedor donde ahora esperaba a Godo era todo lo contrario de ese luminoso recuerdo. Las cortinas estaban corridas para evitar que entrara mucha luz, los muebles eran de madera oscura. Silencio. Sonaron pasos en la escalera, pasos lentos y pesados. Godo había decidido bajar y me alegré. Como los pasos tardaban en llegar, tuve tiempo para otros recuerdos.

El recuerdo de copas de cristal, música y risas. Había escritores, pintores, mujeres preciosas. Sobre todo champán y ostras, que fluían sin cesar desde la cocina. En el centro de todo estaba Godofredo Iommi, rodeado de sus alumnas más lindas. Me acerqué al grupo en el momento en que la más joven y bonita rechazaba una copa.

—No, gracias, no tome trago —dijo sonriendo con firmeza.

Debí soportar la insistencia de sus amigas.

—No, de verdad, voy a pedir un jugo.

Godo se volvió hacia ella.

—Pero eso es malo, es malo para el cuerpo. ¿Tú sabes lo que dijo Melville? Es muy importante lo que dijo Melville.

Ustedes lo conocen... el autor de *Moby Dick*. El dijo: "El alimento para el espíritu es luz y espacio, dadle pues luz y espacio. Pero el alimento para el cuerpo es champán y ostras, dadle pues, champán y ostras. Que sólo así merecerá una graciosa resurrección, en caso de que la haya"...

Y guisó un ojo a la chica rubia, junto con darle una copa de champán recién capturada de una bandeja vecina. Ella rió y bebió. Y yo también bebí y todo el mundo lo hizo esa noche y fue una alegre fiesta.

Godo era capaz de citar poemas enteros, fechas, nombres y lugares. Relacionar unos con otros para construir teorías fascinantes, sólidas o no. Era su fuerte.

Dos o tres veces le pedí a Iommi durante la fiesta que me explicara qué había pasado exactamente entre él y el famoso psiquiatra Hoffmann. Más de una vez le había oído algún comentario irónico acerca de él e imaginé que en medio del champán y del jolgorio, esta vez me confesaría su opinión. Dos veces lo intenté y ambas veces se escabulló con alguna frase ambigua. Pero la tercera me miró de frente.

—¿Así es que quieres saberlo? ¿Quieres saber por qué me alejé de Hoffmann?

Me tomó del brazo y me condujo a un rincón, para decir en baja voz, como el actor exagerado que era:

—Porque Hoffmann es la verdad y yo soy la mentira...

ABRIL 2001 ★ NORESTE ★ 7

Desapareció en el gentío, como Me-fistófeles tras el decorado.

Y ahora reaparecía, quince años después; bajando en silencio la escalera, muy lejos del jolgorio que acompañaba todos mis recuerdos suyos. De la oscuridad absoluta del hueco de la escalera, apareció en la penumbra más liviana del comedor en que me encontraba. Sonreía. Nos abrazamos. Estaba flaco y débil. El resplandor de siempre se reducía ahora a sus ojos, pero aún estaba allí.

No me hubiera importado quedarme toda la tarde en silencio y acompañarlo, pero el silencio lo puso nervioso, de manera que preferí conversar.

Una y otra vez volvía a su salud. ¿De qué más habla un hombre de setenta años? El corazón, la hernia, el cuidado intensivo... Eran breves monólogos que pretendían impedir que le preguntara otra cosa. Sin embargo, yo quería saber cómo estaba, en qué pensaba en su encierro y qué le preocupaba.

—¿Lee, Godo?

—No, me canso.

—¿Escribe?

—No, no tengo nada de qué escribir. Una vez a la semana voy a la universidad y leo un poema corto a los alumnos.

—¿Y el resto del tiempo?

—Nada —se encogió de hombros.

—¿En qué piensa?

—Trato de no pensar en nada...

En ese momento se asomó la empleada.

—Don Godo, va a empezar su programa.

—Gracias, Gladys, lo voy a ver en la noche.

Y dirigiéndose a mí:

—Lo repiten en la noche, es *La belleza de pensar*.

Era un programa de entrevistas a artistas e intelectuales. Estaba de moda entre gente creativa, artistas y políticos. Cuando alguno de ellos era interrogado sobre la televisión en un diario, generalmente respondía: "No lo sé, no veo televisión, sólo veo *La belleza de pensar* y las noticias".

—¿Lo ve siempre?

—Sí, si estoy despierto lo veo, entrevistan a tantos amigos... Vanidad, vanidad, todo es vanidad. Es un desfile de egos.

—Me decía que trataba de no pensar en nada.

—Sí. Los recuerdos son algo muy triste. Me dejan liquidado.

—¿Está triste? ¿Llora?

—¡Ojalá! Llorar es fantástico. No... es peor que eso. ¡Pero qué bueno que hayas venido! —pareció despertar—. Tú debes acordarte del nombre del tipo que anunció por la radio el manifiesto del surrealismo...

—No tengo idea. ¿No sería Breton?

—No, no, no. No es Breton, fue uno de sus secuaces, en 1924... ¡ay, qué terrible! Si he perdido la memoria. Se me olvida todo, Mena.

—Pero, por favor, quién va a acordarse del tipo que anunció eso por la radio...

—Pero si es muy conocido... ¡Mallol!... No, no fue Mallol, ya me voy a acordar. Lo que más me duele es que he perdido la memoria, y qué soy yo sin memoria.

Qué sería de cualquiera de nosotros sin memoria, pensé. Pero en su caso la pérdida era más grave, más central a su carácter. Hablar con Godo era como sentarse frente a un mago: entre gestos y sonrisas, buenos modales y guantes blancos, hacía aparecer cosas de colores, pájaros. Sólo que mejor que un mago, porque un mago escoge de un repertorio previsible de naipes y palomas. Godo metía la mano hasta el fondo de lo imprevisible, hasta el fondo de su memoria, y extraía conversaciones con



"Déjame aquí en la niebla", dijo.

Tristan Tzara, con Breton, con Heidegger... Recordaba los tiempos en que desde una station-wagon, junto a un grupo de poetas, refundaba América desde el Estrecho de Magallanes hasta el Mar Caribe. Recordaba un viaje por el Amazonas, recordaba a una chica en cubierta, y la relacionaba a través de una palabra o un color o un gesto a una tarde en Sevilla, un libro de Mallarmé o una película de Gary Cooper; todo consistente y seductor, todo construcción y poesía, todo formaba un hermoso edificio que vibraba en el aire mientras duraban sus palabras, apoyadas sólidamente en las miradas y sonrisas de las lindas alumnas que lo rodeaban, en el recuerdo de la mirada de su amor desaparecido y en el mar, que siempre estaba presente.

—Se me olvida todo, me angustio. Sólo recuerdo las oraciones. Entonces voy a la iglesia y rezo. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué dicen los médicos?

Me observó unos segundos sin decir nada, y de pronto decidió algo.

—Mira, Mena, acompáñame.

Subimos lentamente por el hueco de la escalera. Llegamos a su dormitorio del segundo piso. Todo estaba en penumbras, la cama deshecha. Sobre el velador, remedios. Diez cajas de píldoras diferentes. A través de las persianas se colaban rayitos de luz. A medida que me acostumbraba a la oscuridad, comencé a vislumbrar otras cosas. Una mesa cubierta de tarjetas, gran cantidad de ellas. Algunas estaban escritas, la mayoría en blanco. Había lapiceras. ¿No sería que en realidad estaba escribiendo? Lo miré. Permanecía en silencio en el umbral. Respiraba con cierta dificultad, recuperaba el aliento. Acostumbrado de pronto a la oscuridad, noté que las paredes estaban cubiertas de pequeños objetos.

Sentí un escalofrío y avancé un paso.

Las cuatro paredes de la habitación estaban cubiertas de tarjetas sostenidas con chinchetas, también fotos y recortes de diario. Poemas fotocopiados. Citas. Postales con reproducciones de pinturas u obras de arquitectura.

—Cada vez que recuerdo algo, me apuro en anotarlo en una tarjeta, lo necesito o no, lo anoto de inmediato. Mira aquí: "Guillaume Apollinaire (1880-1918); *Alcools*, *El Heresiarca* y *Cía...*" ¿Cuándo habría imaginado que un día tendría que anotarlo? Siempre pensé que yo y mi memoria éramos una sola cosa, lo mismo.

De la tarjeta de Apollinaire se desprendía una hebra, un trozo de lana negra que la conectaba en línea recta con otro trozo de papel. La siguió, caminó dos pasos y acercándose a este otro, leyó: —"Finalmente estás cansado de este mundo antiguo..."

Era *Zona*, de Apollinaire.

—Es *Zona*, de Apollinaire —dijo.

Leyó con dificultad el pie de la hoja y agregó:

—... "1913. Primer poema realmente moderno. Lenguaje en libertad." Pero tú sabes que esto no fue idea de Apollinaire...

Seguí entonces otro hilo de lana que conectaba este poema con otro, una fotocopia, y leyó.

—"Pascua en Nueva York. Señor, hoy es el día de tu nombre..."

Sólo leyó unos versos, luego levantó la hoja dejando ver una foto pegada detrás. La foto estaba pegada con un trozo de scotch, era el poeta Blaise Cendrars.

—Blaise Cendrars... —dijo.

Y siguió, de papel en papel, de recorte en recorte, de muro en muro, si-

guiendo este hilo en el laberinto de su memoria.

Había también fotos de amigos, incluso de los hijos.

—No veo a Ximena —dije.

—No, No lo necesito.

Salimos de allí lentamente. Godo respiraba con dificultad, le ayudé a bajar la escalera.

Descansamos al llegar al comedor. Tenía un gran cariño a este hombre. Este hombre inflado de ego y encanto, que había dado vuelta su memoria al revés, como quien invierte un calcetín, para poner a la vista sus recuerdos y hacer del pasado un puro presente. Para intentar una última performance a partir de los jirones de sus recuerdos, bailando con un corazón enfermo sobre los restos de un naufragio. Yo no había subido simplemente a su dormitorio, me había invitado a recorrer su cerebro, la intimidad de sus circunvoluciones. Había hecho de anfitrión en un palacio en ruinas.

¿Cómo ayudarlo? No a recordarlo, sino simplemente a descansar.

—¿Quiere que lo acompañe a caminar? ¿Una vuelta a la manzana? Le prometo que no le preguntaré ni le contaré nada.

—No, gracias —sonrió.

—Puedo volver en la tarde, cuando esté más fresco, y vamos a sentarnos en la playa frente al mar, ¿qué le parece?

Pareció iluminarse, pero el destello se apagó.

—No, gracias, muchas gracias —abrió la puerta para que me fuera—. El mar está lleno de recuerdos.

Se alejó de la brillante luz de la puerta y se refugió en la sombra del hueco de la escalera.

—No te preocupes por mí. Lo que tenía que decir está por todas partes, artículos, clases. He hablado toda la vida sin parar.

Lo abracé en la penumbra. Miré de cerca su cara redonda, sus ojos brillantes, su gran nariz. Comenzó a subir la escalera, se dio vuelta en el segundo escalón, esperando a que me fuera.

—Déjame aquí, en la neblina.

Cerré la puerta y salí al sol. A la crueldad del verano. Al mundo de lo evidente. Caminé por 8 Norte, luego por San Martín. Pasaban autos sin capota. Altos jeeps de colores y cromados, conducidos por estudiantes tostados. Música a alto volumen; sobre los asientos, ramos de chicas en traje de baño, cuerpitos dorados, sabrosos, riendo porque había que reír. Me sentí viejo y las desecé.

Entré en una pizzería y pedí una individual de carne con cebolla y una cerveza. Desde mi mesa junto a la ventana, trataba de inventar un sentido a todo lo que veía. Era difícil con tanto sol. Tendría que intentarlo nuevamente en invierno. ¿Sería posible, realmente posible para el pensamiento, construir un sentido a este cuadro de jeeps, casinos, granzinos de gaviotas, sexo, viejos poetas y señoras paseando sus perros? ¿Dónde articulaba en este cuadro —por ejemplo— el nombre del locutor aquel que anunció por la radio el surrealismo? ¿Sería posible dar con una fórmula, con la tuerca universal que haga calzar todas las piezas en su lugar? ¿O estábamos condenados a vagar para siempre bajo el sol implacable, condenados a darpalos de ciego en medio de tanta luz?

Godo escribió una vez en una dedicatoria:

"Quizá la poesía no sea más que la nota al pie de página de un texto indescifrable."

Beltrán Mena,
(de su novela inédita
El viajero inmóvil.)

El bus dobló la curva y volvió a aparecer la bahía de Valparaíso...